

90 8698



DESDE LOS ANDES

No 8698

LISÍMACO CHAVARRÍA 1878-1913

8698

Biblioteca Nacional
C.R.

DESDE
LOS ANDES



SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA DE AVELINO ALSINA

1907

P.R.
P61.6
Ch 512d

10

DESDE
LOS AÑOS



1881

INFORME

El siguiente es el informe dado por el Doctor don Valeriano F. Ferraz y don Rafael Villegas, quienes compusieron la comisión nombrada por el Gobierno de Costa Rica para que deliberara sobre este libro, el cual ha sido publicado por cuenta del erario público.

*Señor Secretario de Estado en el
Despacho de Instrucción Pública*

P.

SEÑOR:

Por encargo de V., que debidamente agradecemos, leímos con mucho gusto las composiciones en verso escritas por don Lisímaco Chavarría, las cuales trata dicho señor de compilar en un libro con título *Desde los Andes*.

Aunque estamos lejos de considerarnos jueces inapelables en tan grave asunto como éste de crítica literaria, ni menos tratándose de justipreciar obras poéticas, nos parece equitativo, razonable y muy cumplido, en el caso presente, recomendar toda protección, de parte de un Gobierno ilustrado, en favor del talento natural que, aun en vías de mayor cultura y progreso, ha dado ya y sigue dando tan buenas muestras de capacidad indiscutible.

Se ha dicho desde antiguo, con distinción que no aceptamos, que el poeta nace y el orador se hace; cuando lo cierto es, á nuestro parecer, que ambos ingenios son de nacimiento, y ambos exigen gran cultura racional y paciente ejercicio para conseguir cierta perfección en su género, como toda aptitud y fuerza humanas.

Entendemos nosotros, pues, que el señor Chavarría nació poeta; y por mucho que haya de faltarle para *hacerse* tal de cuerpo entero, por decirlo así, siempre habrá que esperar de él mismo esa especie de milagro humano que hace el sumo artista del pensamiento y la palabra.

Por eso decimos, sin rebozo, que nuestra opinión es del todo favorable á su forma poética, como también á su fondo moral y filosófico.

Dejamos así, señor Ministro, satisfechos sus deseos de información, que son órdenes para nosotros, y tenemos la honra de suscribirnos muy atentos y seguros servidores,

VAL. F. FERRAZ

RAFAEL VILLEGAS

mo todas las fuerzas sociales, pugna por hacerse independiente. La labor del modernismo no es otra.

Pero la esencia de la poesía es una en todos los instantes de la evolución literaria; por eso no es cosa del otro jueves discernir, aun sin la ayuda de reglas, en dónde hay poesía. La gran masa del público nunca en realidad ha conocido las reglas y, sin embargo, su dictamen en lo referente á poesía rara vez fué contradicho por la crítica docta. Se equivoca, al contrario, más fácilmente el que juzga con arreglo á supuestos principios que el que sigue sin examen el impulso de su propia emoción.

Así viene á explicarse que el público haya tenido por poeta al autor de estos versos sin que la crítica docta en nada contribuyera á ello con su dictamen. Quizás la crítica docta le hubiera escatimado más bien el título glorioso, porque Chavarría, que sigue sin vacilaciones ni timideces los impulsos de su inspiración, no se ha parado con barras y ha atropellado más de una vez los convencionalismos ñoños con que se quiere detener el vuelo de la fantasía hacia las tierras ignotas que el arte encubre con su velo azul y tentador. El público, que de reglas no entiende maldita la cosa, no se equivocó, en efecto, al consagrar como poeta por sí y ante sí á Lisímaco Chavarría.

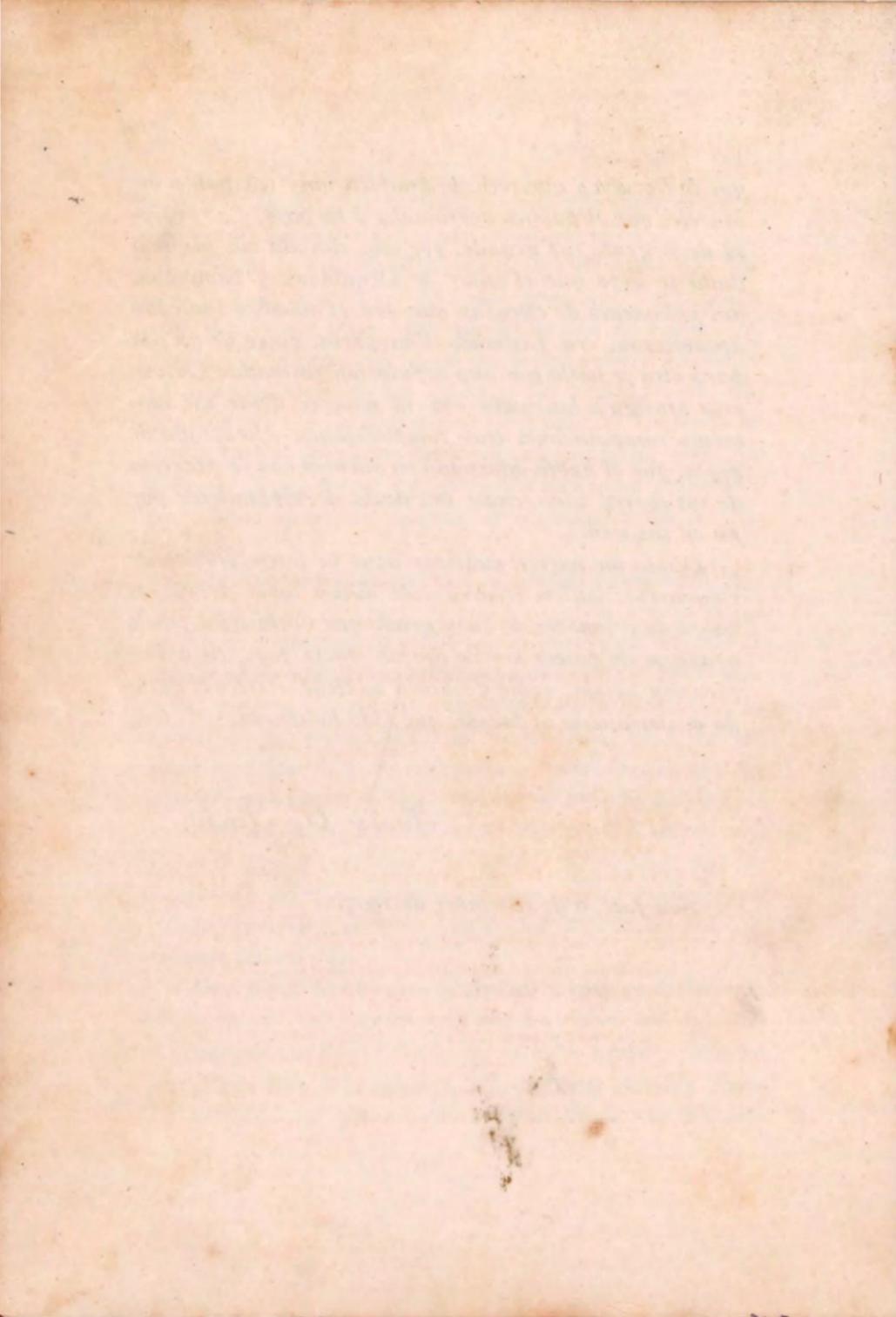
Este poeta es un caso particular y raro en la historia literaria del país. Chavarría era hace poco un humilde é ignorado maestro de escuela; escribía versos; pero los publicaba bajo otro nombre, sin que este nombre fuese en realidad un seudónimo, porque había una persona

que lo llevaba y que recogía también muy campante los laureles que el público derramaba á su paso. La sorpresa de la gente fué grande, por eso, cuando sin lugar á duda se supo que el autor de Orquídeas y Nómadas, dos volúmenes de estrofas que con el nombre indicado aparecieron, era Lisímaco Chavarría, quien de un día para otro se halló con una reputación formada. Chavarría prosiguió lanzando con su nombre desde ese momento composiciones tras composiciones, y la corona de poeta, que él había adornado en silencio con la pedrería de sus cofres, vino, como era justo, á resplandecer por fin en sus sienes.

Ocioso me parece analizar aquí la labor poética de Chavarría: quien recorra este nuevo tomo de versos habrá de reconocer de buen grado que Costa Rica puede ufanarse de poseer hoy en día un poeta para cuya inspiración honda, noble y sincera no tiene secretos el mundo misterioso de la poesía, que todo lo abarca.

Justo C. Facio

San José, 6 de setiembre de 1907.



DESDE LOS ANDES

Mi Musa

 Mi Musa es joven, placentera y fuerte,
es de ático gracejo;
en su hermosura, majestad se advierte,
las agrestes cascadas son su espejo.

 El ansia que la alienta es infinita;
su risa es una escala;
para acudir á mi amorosa cita
jamás con artificios se acicala.

 Sólo gusta de ornarse con los minios
que va luciendo el Sol en el espacio;
agranda en sus anhelos sus dominios,
la bóveda del cielo es su palacio.

 Conjura y apostrofa
la negra duda que en mi sien estalla;
azota la Soberbia con su estrofa,
santigua la Bajeza con su tralla.

Cantarle á la indigencia fué su culto,
y nunca su incensario
perfumó ni al tirano ni al estulto,
pero al huérfano sí y al proletario.

A éstos que caminan sobre abrojos,
sin luz, sin esperanza, sin anhelos,
burlando las retinas de sus ojos
con el vago espejismo de los cielos;

A éstos que en el mundo
van impelidos por contraria suerte,
entre la nave del dolor profundo,
al puerto silencioso de la Muerte;

A éstos que caen al principio
al empuje tenaz de las miserias
y que en las garras del inmundo vicio
agonizan sin sangre en las arterias;

A éstos ella canta
y rinde el homenaje de sus versos;
á los Caínes, su protesta santa,
su estigma, á los inicuos y perversos.

Ama al Cristo que sube á su Calvario
sin que le arredre el heridor insulto;
al luchador que elige por contrario
la valla de un tumulto...

Es hija de los Andes
y oxigena en los campos sus pulmones;
extiende al Sol sus niveas alas grandes
y rige una cuadriga de ilusiones.

A una puesta de Sol, á una cabaña,
al trueno que retumba,
al rayo que fustiga la montaña,
al silencio profundo de una tumba,

Y á todo lo que envuelve una grandeza,
eleva su canción hecha agasajo,
y así como maldice la Bajeza,
alza himnos á la Vida y al Trabajo.

A todo aquello que á lo grande aspira
y que lo innoble y lo servil rehusa,
entona salmos en su extraña lira
esa deidad ingénita: mi Musa!

Los Andes

Como una boa inmensa de un polo al otro echada,
ceñida por llanuras y bosques seculares,
oyendo la epopeya salvaje de los mares,
mirando de los siglos la ruta fatigada,

extiéndense los Andes, la frente levantada,
do quiebra el Sol sus rayos, cual dardos, á millares,
do tienen sus dominios los pumas y jaguares,
do eligen los condores su insólita morada.

El Niágara les brinda su canto prepotente,
cual rota y gran arteria los riega el Amazonas
y lecho gigantesco les presta un continente.

Jamás los doblegaron del tiempo los afaes,
ostentan con orgullo la pompa de sus zonas
y retan lo infinito crispando sus volcanes.

Estantigua del Poeta

¡Oh eterno viajero!

Tu rostro marchito me apena,
tu ruta es fatal;
tu planta, sangrando, se posa en la arena
y marchas... y marchas y nadie pregunta tu mal.

Contéstame, viejo de frente rugosa, de mustias pupilas,
de pálida tez;
¿huyó tu esperanza? ¿huyeron tus horas tranquilas?
¿te hiela el invierno de aquesa vejez?

¿O buscas el agua de alguna cisterna
por esa tu ruta sembrada de abrojos, tornada en erial?—
Y entonces el viejo, con voz de caverna,
contóle su mal:

--Yo soy un espectro, yo soy una sombra, sin paz ni alegría,
sin nido de amor.—
Y entonces le dijo el poeta: tú alma, viajero, se hermana á la mía;
mas tengo un amigo,—se llama DOLOR.

—Has dicho mi nombre—profirió el espectro,—
yo soy ese amigo, yo voy á tu lado buscando tu fin;
las notas más altas las pongo en tu plectro
que canta y que llora con voz de clarín.

Viajé con Lord Byron de Oriente al Ocaso,
yo soy un alado corcel;
bajé con el Dante al Infierno, gemí con el Tasso
y puse en sus sienes eterno laurel.

Desgarro el silencio nocturno con voz de elegía,
y el pecho soberbio y el alma sin fe,
brillé en las pupilas azules de aquella Lucía
que canta Musset.

Conozco las penas de Job, las ansias de Cristo
triunfante en la cruz...
Yo soy el DOLOR! A todas las luchas asisto
y presto mi aliento, soberbio pegaso con alas de luz!

Perlas grises

A un suicida

I

Bronce

El goce es pasajero;
ama la holganza, el femenino busto
y el vino de la orgía... Yo prefiero
la zarpa del dolor tenaz y adusto.

Dadme del lidiador—alma de acero—
que busca en sus desdichas el robusto
aliento que enaltece al hombre; quiero
del cóndor perseguido el vuelo augusto.

El dolor es impulso, es brío, es fuerza,
cabalgadlo, que en él se torna altiva
todá alma flébil que el pesar retuerza.

Musa, tu canto al ave que, cautiva,
por obtener su libertad se esfuerza
con toda el ansia de su entraña viva.

II

Cardo

Al pobre atormentado
por una duda atroz, por un deseo,
al que se siente el corazón llagado,
herido, del pesar al picoteo;

A todos los que luchan contra el Hado
con santa indignación de Prometeo,
y aun al mismo Luzbel, que, rebelado,
se retuerce con rudo forcejeo;

A éstos, Musa, tu canción florida,
á éstos presta tu Pegaso fuerte,
huraño al acicate y á la brida.

A éstos, Musa, tus estrofas vierte
y á todos los que viajan por la Vida
con la única esperanza de la Muerte.



III

Oasis

¿Y diz que era un demente? ¡Era un huracán
á todos los dolores!

Quizá el cuervo voraz del desengaño
le desgarró la vida, hecho furores.

¡Oh ley de lo insondable! ¿cuál su daño?
¿Fué el anhelo vivaz de horas mejores?
El ensueño, tal vez, de un mundo extraño
lo encaminó á morir entre las flores.

¡Las flores amarillas de la huesa
de su madre difunta,
á quien la muerte convirtió en pavesa!

Al fin sus sombras junta
y lo envuelve esa noche gris, aquesa
¡noche de olvido que para él despunta!

IV

Protesta

Preferiste la paz del campo-santo
á todas las contiendas mundanales;
herido por el bárbaro quebranto
clamaste, de la Muerte en los umbrales.

El Hado adverso te llenó de espanto.
¡Oh trágico viajero! Los puñales
de tu sangriento mal, el desencanto,
se tornaron en crótales fatales.

Tu paso extremo en mi cerebro oscila
cual lampo que se apaga tras las crestas
en una noche lóbrega, intranquila.

Desde la tumba á tu destino asestas,
con un gesto de horror en tu pupila,
los rayos que forjaron tus protestas.

Marinas

I

Puntarenas

Hace un calor de fragua... En la arboleda
rumorean las brisas barcarolas
y se enlazan carmíneas amapolas
con las flores fragantes de reseda.

Dejando espumas y crujir de seda,
en la playa despliéganse las olas,
los peces muestran en el mar las colas
y el ala extiende la barquilla leda.

Ostentan sus vigores las gaviotas
sobre el piélago, en pos de la pitanza,
y el Sol fulgura en la azulada comba...

Llega la noche y las primeras notas
desgrana al aire la porteña danza
en la alegre marimba y la zambomba.

II

El Estero

Es una inmensa lágrima caída
en una copa de eternal verdura
y sus linfas arrullan la espesura
donde la garza soñolienta anida.

Como una mole extraña y carcomida,
mostrando marfilina dentadura,
se ve un caimán, allá, bajo la obscura
orilla del manglar, humedecida.

A modo de ave que cansada vuela,
cuando la tarde los peñones dora,
orlada de arrebol, cruza la vela...

En sus ondas de linfa bullidora,
donde duermen los himnos de la estela,
columpia sus aljófares la aurora.

Noctambulismo

Allá, tras el bosque,
la tarde fué plegando paso á paso
el ruedo iridiscente de su traje
y un velo de tristeza en el ocaso
dió sombras caprichosas al paisaje.

En los cipreses lacios
el viento demostró su rebeldía,
rugiendo con sus pífanos reacios...
La tarde ensangrentóse en su agonía
y el cielo brotó un llanto de topacios.

En medio de nogales
el río murmuraba barcarolas,
espumas destrenzando en los trigales;
velaron su carmín las amapolas
y su arpa no pulsaron los turpiales.

¡Oh noche de secretos!
En mi alma se posaron mil barruntos
cual huestes de murciélagos inquietos,
y entonces mis pesares ya difuntos
se irguieron como blancos esqueletos!

El Arado

Conozco tu vigor... Sobre la tierra
vas trazando el poema del Trabajo...
es fuerza, es vida tu fecundo tajo,
son tus himnos de paz y no de guerra.

Cuando tu diente vencedor se entierra
el duro pedernal tornas cascajo,
y despunta el embrión, hecho agasajo,
de la simiente que tu surco encierra.

Te envuelven las auroras con cendales
al hallarte luchando en la labranza
donde queda tu fuerza hecha maizales.

¡Salve, robusto luchador del campo!
te dice el Sol naciendo en lontananza,
en cada chispa de oro, en cada lampo!

Al Odio

No dejes, Odio, de torcer la rueca
en que hilas afanoso tus venganzas,
espero sin temor tus asechanzas
y el golpe aleve de tu mano seca.

Los alaridos de tu voz enteca
y las injurias que á mi paso lanzas,
no lograrán que niegue las pitanzas
que te da mi desprecio al ver tu mueca.

Alzaste contra mí tu débil mano
y tu agudo puñal en mis entrañas
hundir á muerte pretendiste en vano...

Con el cieno que arrojas no me dañas,
pues reptiles que habitan el pantano
no pueden ascender á las montañas.

Rebeldías

Nada importa que rujan los ciclones
sus alas agitando en torno mío;
no me arredra el dolor... Cual los alciones,
desafiaré la tempestad con brío.

Me alientan los aullidos de la mofa
para lanzarme á la tremenda lidia;
un rayo forjaré de cada estrofa
y sin piedad lo lanzaré á la insidia.

Yo quiero la victoria conquistada
al tajo de mi esfuerzo en la pelea,
mas nunca la que se hace arrebatada
sin ganarla en el campo de la idea.

Amo la fuerza del halcón que sube
después de herir al áspid las entrañas,
amo el cóndor que asciende hasta la nube
salvando la altivez de las montañas.

Y el águila caudal que en el vacío
se dora con la gualda del celaje,
y el ímpetu colérico del río
que canta su soberbia de salvaje.

Amo los nimbos de gloriosa lumbre
y el vuelo vencedor de las gaviotas;
amo el triunfo que lleva hasta la cumbre,
aunque se gane con las alas rotas.

No temo las tenaces embestidas
de la suerte; si llego á la cimera,
primero que vendarme las heridas
entonaré un hosanna á mi bandera!

No he de darle piltrafas al cinismo
huyendo de la liza con pavura;
{ quizá, como Luzbel, rueda al abismo, }
{ pero irguiendo mis ojos á la altura. }

De mi yermo

Son dísticos de luz tus dos pupilas—tan bellas como extrañas:
resumen el poema—del eterno verdor de las montañas.

Son verdes cual los mares—como el fuego del Sol abrasadoras,
en ellas engarzaron—la pompa de su brillo las auroras.

Pareces, por tu gracia, una escultura—de algún artista jonio;
tu voz finge el acento—de un dáctilo del arpa de Petronio.

¡Alumbra el antro obscuro—donde yacen mis horas intranquilas,
con esa luz de cielo—que emerge del Orión de tus pupilas!

¡Mitiga mis congojas implacables—¡tan recias... tan hurañas!
con esa aurora ígnea—que fulgura al través de tus pestañas!

Mitiga mis pesares que me imponen—tan negro cautiverio,
y yo te haré la diosa—que ensalce con sus himnos mi salterio.

Aplaca mis tormentos ignorados—aplaca mis pesares,
y á tí mi estrofa dulce—que brota como un lirio entre espinares.

A Jesús

Ora, Padre, por los hombres, en el Huerto
y que bañen las estrellas tus contornos, con su lumbre funeraria;
por el nómada sin tienda, por el náufrago distante de su puerto
y por todos los proscritos, que se eleve tu plegaria.

Haz de nuevo, por el alma que torturan las infamias, con fiereza,
otra senda hacia el Calvario;
por el huérfano que implora al lujo sordo, por los niños en pobreza,
por el triste proletario...

¡Y que tiemblen las soberbias, que trepiden las humanas liviandades
fustigadas por la voz de tu justicia!
Tus soñadas igualdades
que domeñen los furores del chacal de la avaricia.

Ven de nuevo á tu Judea
y que brote de tus labios la parábola sublime;
ven á hollar de nuevo zarzas por el triunfo de tu idea,—
esa chispa luminosa que ennoblece, que levanta, que redime.

¡Oh Poeta de los siglos! tu pegaso fué el tormento,
no luchaste por tu gloria, fué por todos tu campaña!
¡Ven de nuevo á los humanos! Cual las aves impelidas por el viento,
no aletean la elocuencia de tus obras, la dulzura de tu verbo, tu SERMÓN
[DE LA MONTAÑA.

¡Salve, apóstol!

Dadme, dadme de Píndaro la lira,
quiero loar con himnos á un atleta,
á un apóstol con alma de poeta
que en la bondad y en el amor se inspira.

Predica tu sermón, si no te escuchan,
tal vez mañana buscarán tu lumbre:
sólo llegan triunfantes á la cumbre
los altivos, los bravos, los que luchan.

Tú tienes alma y corazón de acero
y el ala que remonta las alturas;
fecúnda las estériles llanuras
y eleva al aire tu cantar sincero.

La espuma de cristal de las cascadas
humilla la soberbia de las rocas...
¿Qué importa que la Inquina con mil bocas
te injurie con malignas carcajadas?

Mañana, cuando llegue á ti la Muerte
y te marches con ella, la Estulticia,
ajena de acritud, te hará justicia,
ajena de su error, sabrá quererte.

Predica tu sermón... Rompe la brecha
y deja á tus contrarios en fatigas;
la ruta de la Gloria tiene ortigas
que brotan en espléndida cosecha.

Los zoilos son las piedras de granito
que sirven para hacer los pedestales
en que apoyan sus pies los inmortales,
los genios que tramontan lo infinito.

Los zoilos son las bestias poderosas
que saltan las barreras y las trancas,
llevando á las alturas, en sus ancas,
los triunfos de las mentes vigorosas.

Son seres de pesar estremecidos,
que ocultan su dolor tras sus caretas;
son bocinas de fuego, son trompetas
que rompen el silencio con tañidos...

A ti el odio que lanza la Bajeza,
á ti la injuria que del fango sube,
porque puedes salvar, como la nube,
la altura, siempre azul, de la grandeza!

Aves rebeldes

No conoces la inercia...

¡Eres torrente
que sale victorioso en sus batallas!
alzas al cielo la indomable frente
y saltas luego sin temor las vallas.

A la manera de corcel fogoso
te lanzas raudo á tu fugaz carrera
y llegando á la cumbre, victorioso,
allí enarbolas tu marcial bandera.

No importa que amenace tus entrañas
el puñal afilado del Cinismo,
tú tienes solidez cual las montañas
que se burlan del hambre del abismo.

Si te rugen traiciones fragorosas
con voces de fanfarria y de bravura,
desperezas tus alas y te posas,
cantando tus desdenes, en la altura.

A modo del *albastros*,
si osan herirte, la región escalas,
y abanicas la frente de los astros
con la pluma sedeña de tus alas.

Así las almas grandes,
las almas recias de indomables frentes;
las aves que nacieron en los Andes
destrozan en las nubes las serpientes.

Así las almas nobles,
las almas no rendidas por desmayos;
las aves que se posan en los robles
no temen los furores de los rayos.

Así como esas aves, tú descuellas,
sin descender jamás á los cubiles;
arrostras de la inquina las centellas
y en las nubes desgarras los reptiles!

Robles

A Marclano Acosta

Se agita el vendaval con rudo empuje
y en su clarín sonoro ensaya un doble;
como si fuese bestia, asaz innoble,
se contorsiona, se enfurece y ruge.

El mar se encrespa, se alborota y miuge
al sentir de los vientos el mandoble
y tiembla la arboleda. En tanto el roble,
enhiesto, hecho altivez, apenas cruge...

Sé tú como ese atleta, siempre esquivo,
y muéstrate sereno ante la racha
que apoca á los espíritus pequeños.

Digno de loa es mantenerse altivo,
burlando tempestades y aun el hacha,
en la cima triunfal de los Empeños.

Quo vadis?

A un poeta

¡No hay lucha sin dolor...!

Suelta la brida

de tu pegaso fuerte...

deja auroras al paso por la vida

que alumbren en la noche de tu muerte.

Redime á tu adversario
con tu nuevo *Sermón de la Montaña*,
aunque tengas un *INRI* y un *Calvario*
como gloria final en tu campaña.

Es ardua tu contienda,
pues son tus ansias difundir la lumbré;
hay abrojos y sierpes en tu senda,
pero sobre ellos salvarás la cumbre.

Rayo eres que fulmina
rasgando en mil pedazos la impostura,
tu misión evangélica termina
y clava tu pendón sobre la altura.

No se oiga ya la endecha
que ensayan los histriones de sainete;
sea tu voz el himno que en la brecha
entone el Triunfo al avanzar tu ariete.

Tu verbo que al oído
arrulló cual la música distante,
semejé el estampido
que lanza al paso tu corcel triunfante.

No escuches el aplauso de profanos
ni la injuria que arrojen á tu planta
y azota á los espíritus insanos
con tu protesta redentora y santa.

Del numen de tu mente haz un cilicio
y de tus iras látigos de fuego,
y domeña los ímpetus del Vicio
que impone su coraje sin sosiego.

Con tu canto jocundo
levanta á la Virtud una proclama,
y tu voz, hecha luz, por todo el mundo
la lleven los clarines de la fama.

No cejes nada en tus contiendas rudas
y rasga las tinieblas con tu verbo,
aunque te besen los nefarios judas
de espíritu protervo.

Cese el canto á las náyades y flores,
el canto que se esfuma en vaguedades;
alza el grito triunfal de los condores
que miran con desdén las tempestades.

Que arrulle la torcaz en la montaña,
el cierzo, que solloce en el osario;

tú eleva la canción de tu campaña
y asciende, como Cristo, á tu calvario.

Lucha y vence, cual hacen los alciones
desafiando las iras de los mares;
sé prócer de futuras redenciones
tornando en marsellesas tus cantares.

Y si en tu sacra lidia
te aulla la impotencia de algún necio,
al borde del abismo de su envidia,
enclávale en la cruz de tu desprecio!

En la jornada

Extraña ley, por mí no conocida,
trazó mi senda abrupta. Adversa suerte
me quiso anonadar, mas siempre fuerte
arrostré las borrascas de la vida.

De mi destino en cada sacudida
vi la mueca espantosa de la Muerte
y el gesto del Dolor, y nunca inerte
rendí mi impavidez á su embestida.

Me engolfo de mi suerte en el reinado,
como nauta que al cabo aniquilado
al golpe del tifón pierde su rumbo;

pero entretanto exista en el rebote,
iré tras mi ilusión, cual don Quijote,
redoblando mi afán en cada tumbo!

El Arte (*)

I

¡Salve, divino dón!
En tu santuario
las mentes que señalas se iluminan,
desciendes de tu trono y les revelas
cómo la luz se irisa
en la veste sutil de las mañanas
y en la tarde rosada que agoniza;
lo bello les descubres de Natura
y con sagrado fuego las animas.

Te muestras en el ponto,
en la bestia, en la nube fugitiva,
en la cascada azul, en la montaña
y en la silvestre orquídea;
resumes todo el Cosmos
y es tu templo la bóveda infinita.
Consagras con tus besos
el numen creador de los artistas,
de los genios que van á tu grandeza
clavando en tus fulgores sus pupilas...

(*) Composición favorecida con el primer premio en el certamen literario, *La Fiesta del Arte*, propuesto por el Club Costa Rica. *En 1905.*

A ti van los bizarros intelectos
que llevan por loriga
viriles entusiasmos
y por meta la gloria de tu cima.

Atletas formidables
que marchan á tu lid con gallardía,
hidalgos luchadores de la idea,
altivos combatientes de tu liza,
á ti van los ungidos,
los que sienten dantescas rebeldías,
las almas soñadoras,
por la ruta fragosa de la vida,
y beben en tus fuentes
y tornan con vigor sus energías.

A ti van los que buscan
sin descanso, cual otros israelitas,
la hermosa Tierra Santa
que dora con su sol la Fantasía,
y en esa Canaán de tus dominios
un solo sentimiento los anima:
la sacra religión de la Belleza
que ennoblece, levanta y dignifica.

Vida eres en la estatua
y pompa de otros tiempos en la ojiva,
lumínico arrebol en la paleta
y en los dulces violines sinfonía.

En la estrofa del bardo
eres fuego, eres lampo y eres chispa,
y duermes en los bronces de Cellini
y en la Minerva colosal de Fidias.

Apostrofas al tiempo
con las tumbas soberbias de los incas
y con la añosa Esfinge
que propone al beduino sus enigmas.

En el teclado ebúrneo
los dedos de las damas te acarician,

y gimes en el arpa y en las guzlas
cuando sus cuerdas el amor agita;
en la marcial trompeta
como el fragor de la tormenta vibras,
y ensayas trinos de ave
en el sistro, en la flauta y en las liras.

II

El clásico cincel de los helenos
tu culto egregio eternizó en la estatua
y allá en la vieja Roma
te admiraron en bloques de Carrara,
y fué el Renacimiento
la estrella más luciente de tu marcha.

Eres rayo de sol cristalizado
en las pupilas de la Venus manca,
y brillas como un astro en el donaire
que el artífice griego dió á la Diana;
tus ósculos palpitan
del Júpiter Tonante en la mirada
y del grave Moisés de Miguel Angel
en la ática arrogancia.

En las Madonas del pintor de Urbino
y de Goya en la Maja;
en el Juicio Final de la Sixtina,
—casi imposible concepción humana—
y en el corcel brioso de Velázquez,
eres carne, eres vida y eres alma.

En el rizado capitel corintio,
en el rústico altar en que adoraban
los indios á sus dioses
allá en la soledad de las montañas;
en los tenues festones y arabescos
que el hábil moro cinceló en su Alhambra;

en el arco, en el plinto y en el pórtico.
eres línea en la piedra eternizada.

Con la música imitas
el mugir de los mares en las playas,
el ronco retumbar de los tifones
y del cañón la voz que ruge airada;
pusiste en la vibrante Marsellesa
las notas de la bélica arrogancia,
y arrullas... y suspiras... y sollozas
en el acento armónico del aria.

Como la nívea espuma
que arrebolada por el iris salta
sobre la crin rugiente
que destrenza en el aire la cascada,
como la chispa de oro
que sobre el yunque, de la forja estalla,
así las rimas nacen
como haz de luz del numen que consagras,
así la estrofa surge,
así brotan del estro las estancias.

La prosa es el pegaso
soberbio y piafador en que cabalgas:
en él te vió Cervantes,
en él te vió Granada
llegar como un cruzado victorioso
á besarles sus frentes inspiradas.

La musa de Virgilio
y el dulcísimo acento de Petrarca
trazaron á los hombres tu grandeza
con el áureo pincel de la palabra.

Refieres tus conquistas
con la eterna expresión de la estatuaria,
y dices con el mármol
los progresos de Siria y de Tebaida;
los raros monolitos del azteca
son huellas de tus plantas,

en tu ruta infinita y luminosa
al través de los siglos y las razas.
¡Eterna juventud, vigor eterno!
¡En la estrofa, en la flauta y en la arcada,
en el lienzo y el bronce,
eres luz, eres vida y eres alma!

Estoicismo

Cuando torno mi vista á lo pasado
y miro mis pasiones hechas ruinas,
cavilo unos instantes
y luego suelto volteriana risa.

Hondos amores que soñaba eternos
hoy yacen en cenizas,
y los pesares que juzgué incurables
volaron cual las aves fugitivas.

En ese trance me sentí enervado,
cuando el dolor el alma me mordía;
amé la noche eterna
y el arma miserable del suicida.

Mas fué pasando el tiempo
y sanaron del todo mis heridas
y hoy siento que en mi espíritu florece
lozana primavera de energías.

Un ídolo

A Joaquín García Monje

Conservo con solícito cuidado
un ídolo de piedra
ridículo, grotesco; está en cuclillas,
es grave su cabeza
y un pífano silvestre,
extasiado, parece que tañera...

Mi loca fantasía
se forja, en su presencia,
mil vagas conjeturas,
hipótesis extrañas, y me lleva,
como un beleño indio,
en la góndola ebúrnea de la idea,
por un tranquilo mar de soñaciones
al remoto país de la Quimera,
y al encontrar el paso que los siglos
van imprimiendo en su infinita senda,
toruando todo en ruinas,
hundiendo todo en su profunda huesa,
me abismo en reflexiones
y siento que mi espíritu se enerva.

¡El Tiempo, con su ariete formidable,
destruye vanidades y grandezas!
Los pueblos cual rendidas caravanas
van quedando perdidos en su estepa
y el eterno huracán de las edades
los extirpa, los hunde ó los dispersa.

¿Qué fué de las ciudades que el Mar Muerto,
como una tumba inmensa,
entre su seno líquido y amargo
sepultó para siempre...?

Las grandezas
de Siria y de Tebaida,
el esplendor de la nación helena,
cayeron en el surco
que va rompiendo el Tiempo en su carrera
sin que nadie consiga sus favores,
sin que ninguno detenerlo pueda.
¡Cuán pequeño es el hombre
y qué grandes su orgullo y su torpeza!

Las pompas de Cartago,
los mármoles de Grecia,
el Coliseo magistral de Roma,
los muros de Micenas,
rindieron á tu paso—¡oh Tiempo adusto!—
sus tronos, su poder y sus soberbias.

Como un confuso ensueño,
en presencia del ídolo de piedra,
discurren por mi mente
los tiempos primitivos de la América,
y me parece que tomando vida
se yergue y me habla la escultura pétreo
y en una lengua rara
me dice:

«Soy vestigio del azteca...

El Tiempo aun no ha molido a estas formas
que el artista aborigena me diera,
mas cayeron en ruinas mis doseles
que allá, bajo las selvas,
alzaron en mi honor difuntas razas,
cual la tuya, fanáticas y ciegas;
también el fanatismo, allá en mis días,
depositó á mis plantas sus ofrendas.

En lanzas venenosas, los guerreros,
me ofrecían las mútilas cabezas
de aquellos semejantes que caían
en las lides, pasados por sus flechas.
Mas ¡ay! esos Cafnes, como el fénix,
reviven para mengua
de los siglos, las razas y naciones!
¡Oh luchas fratricidas!

¡Oh las guerras!

Si el triunfo era propicio
á sus crudas y bárbaras contiendas,
con sangre de sus vírgenes cobrizas
manchaban mis rodillas imperfectas.
También el fanatismo
allá se opuso, á modo de trinchera,
á todos los avances redentores
de la augusta Verdad y de la Ciencia.

Yo contemplé sus ritos religiosos
y sus fogosas fiestas,
y al són de las marimbas y zambombas,
vi sus danzas, allá bajo las selvas
do tamizaba el sol sus lluvias de oro,
do rimaban las aves sus endechas,
cuando la rubia aurora
con el ígneo arrebol de su paleta,
doraba las montañas

regando en la distante cordillera
la pompa de su brillo
hecho luz, hecho fuego, hecho grandeza,
y vi caer las tardes apacibles
tras bosques de palmeras,
y al Sol ya moribundo
echando sobre el mar todas sus gemas;
y en las noches calladas
surgiendo las estrellas,
en el campo anchuroso del empíreo,
cual áureas margaritas entreabiertas...

¡Oh las noches tranquilas de mis bosques!
¡Oh las tardes rosadas de mis selvas!

.....
... Y fué pasando el Tiempo
y caí con mi altar bajo sus ruedas
hasta que el hierro fuerte de un arado
sacóme de mi huesa.»

El ídolo grotesco,
después de conducirme á la Quimera
por un tranquilo mar de soñaciones,
en la góndola ebúrnea de la idea,
su narración suspende, y en cuclillas
sigue entregado á su sopor de piedra,
á modo de una esfinge
que sólo hablara de las cosas muertas.



Al Sol

¡Oye mi salmo, ornato del emperio,
eres la luz á la grandeza unida!

¡Salve!

¡Mil veces salve!

Tú iluminas

las regiones ignotas de los cielos,
la bóveda infinita...

Los blancos abanicos que las garzas
sacuden en las aguas cristalinas,
las ledas mariposas
y las palomas niveas
y la cascada agreste que retumba
regando refulgente pedrería,
recoger en la aurora tus fulgores
y en la tarde que muere tus caricias;
esmaltas de carmín las amapolas
y doras las espigas
que los feraces campos
al esforzado labrador le brindan.

Sobre las crestas albas de los mares
tus campos se deslizan
cual flamas de topacio
ó cual lluvia intangible de amatistas.
En rizos irisados te desprendes

del campo en que gravitas
y bajas majestoso
hecho fuego, hecho luz, hecho sonrisa...
Irradias con fulgores de esmeralda
en el cristal azul de las pupilas
de las rubias mujeres de Polonia;
á las hijas del trópico acaricias
y esfumas el carmín de tus pinceles,
cual beso de arrebol, en sus mejillas.

¡Salve!

¡Mil veces salve!

Tú eres nuncio

del himno del Trabajo...

Las campiñas,
cuando apareces, luminoso y grande,
ostentan su esplendor y lozanía,
y el manso buey, en pos del campesino,
da principio á las rústicas fatigas.
El manso buey, el tardo y recio bruto
que lleva pesadumbre en las pupilas
que saben la soberbia de tus albas,
que conocen tus pompas vespertinas;
que saben de los triunfos del labriego,
que saben de tristezas infinitas,
de azules horizontes
y vagas lejanías...

Las esculturas clásicas de Grecia
por hábiles cinceles esculpidas,
se doran con tus besos
y sonrén, se yerguen y se animan,
y columpias tus rayos luminosos
sobre la niebla fría
que envuelve á las ciudades de Germania
con sábanas blanquísimas;

en el festón de mármol,
en la arcada, en el plinto y en la ojiva,
penetras y te enroscas como sierpe
hecha de luz que se fragmenta en chispas.

Te levantaron templos los aztecas
para rendirte culto, ¡astro del día!,
y en toscos monolitos
te ofrendaron sus vírgenes cobrizas,
en el seno de bosques de palmeras,
los sacerdotes incas.

Sobre el penacho azul de las montañas,
cuando la aurora extiende sus cortinas,
derramas tus fulgores
desde la inmensa bóveda sombría,
y bajas por los flancos
y en los robles frondosos te tamizas
como una lluvia de oro,
como una lluvia espléndida que brilla;
y en el silencio agosto de las selvas
retozas con las brisas,
y tiembles y te esfumas en las flores
ó te hundes del torrente entre las linfas.

¡Oh, padre majestuoso
que á la tierra con ósculos das vida!
Por ti florece el campo
y el labriego feliz, en su campiña,
admira tu poder en los embriones,
admira tu bondad en las espigas!

Cuando en rizos dorados te desprendes
del campo en que gravitas,
y bajas á la tierra
hecho fuego, hecho luz, hecho sonrisa,
las aves te saludan
con el himno más dulce de sus liras.

El Moisés de Buonarotti

El bloque informe y duro de mármol de Carrara
fué herido por el tajo genial de tus cinceles,
y apareció el esbozo de aquella obra preclara
que ha dado á tu memoria montañas de laureles.

La faz irguió el Profeta de frente grave y rara,
luciendo sus vigores de indómitos corceles;
el sello de tu numen pusístele en la cara,
y suelta en los regazos su túnica de pieles.

Pujanza de gigante y senil musculatura,
é inmóviles pupilas que hienden el espacio,
tallaste en la grandeza de dios de tu escultura.

La barba, cual las ondas de piélagos reacio,
cae sobre sus tablas, ornando la hermosura
de aquesa obra sublime que tú le diste al Lacio.

Perlas grises

I

Solo

Cuando me siento á descansar, medito
en todas las borrascas de este mundo,
y va mi pensamiento á lo infinito
y al cabo me confundo!

¿Será que soy un réprobo, un precito?
¿Será que siempre viviré errabundo?
¿Adónde va mi queja? ¿adónde el grito
de aqueste horrible sinsabor profundo?

¡Y lucho y forcejeo,
á modo de rebelde Prometeo,
con todos los vigores de mi brazo!

Y en tanto que lamento mi amargura
ofréceme Natura
el lecho maternal de su regazo.

II

Meridiano

Es hora del sopor... El mar bosteza
y brilla el Sol, del piélago en el lomo;
el ave se amodorra en la maleza
y el cielo muestra su infinito domo.

Ostenta el horizonte su grandeza
y una alta roca se distingue como
un centauro de rígida cabeza,
cual una esfinge cincelada en plomo.

Despierto al fin del sueño
á que entrega el mortífero beleño
que me ofrece en su cáliz el hastío;

y escucho entonces las salvajes notas
del ronco mar y miro dos gaviotas,
hendiendo, cual mis dudas, el vacío.

III

Al Mar

Sacudes en tus ancas
el rayo, el huracán y los tifones
mientras empujas las soberbias trancas
que oponen á tu salto los peñones.

Te encoges, hecho fuerza, y luego arrancas
de tu arpa gigantesca mil canciones
y vas orlando con espumas blancas
la cálida aridez de los playones.

Tu cólera me alienta
y tu lenguaje de titán me cuenta
la fuerza pertinaz de tus batallas.

¡Ah, como tú, oh ponto!
mi espíritu remonto
con ansias vivas de romper las vallas.



IV

Carmin

Como una brasa de oro
desciende el Sol y el piélagos se aquieta,
mas de las olas, el rugiente coro,
persiste siempre en su ansiéda secreta.

Busca su nido, en el palmar, el loro,
se cubre el monte con matiz violeta
y finge, en la dehesa, el bravo toro,
un toque resonante de trompeta.

Se incendian el ocaso y el vacío,
así como se abrasa el pecho mío
cuando me hiere el sufrimiento el alma.

El Sol por fin se pierde
y va á esfumarse, en la llanura verde,
el último fulgor envuelto en calma.



Esfinge

Cuántas veces mi espíritu se engolfa
vagando en las penumbras
que presagian la noche de la Muerte,
la noche sin aurora de las tumbas.

Y apostrofo al silencio de ese arcano
impulsado por hondas amarguras;
mas sólo me contestan,
en mi interior, las voces de la Duda!

Y avanzo por la estepa de la vida
¡tan árida... tan sola... tan adusta...!
y paso cual fantasma vagaroso
que recorre cansado las llanuras...

¡Oh Muerte silenciosa!
¡Eterna esfinge para todos muda!
¡Tú guardas el misterio de lo ignoto
y no descubres tus arcanos nunca!

En el campo

Las cogedoras de café

Despierta todo el barrio... En las colinas
cual alfombras se extienden los maizales,
y ostentan los frondosos cafetales
las ramas como sargas purpurinas.

A las haciendas van las campesinas
charlando, bulliciosas y joviales,
en tanto que recoge sus cendales
la aurora tras las selvas azulinas.

Del verde cafetal en la espesura
se escuchan, cual rumores de colmenas,
las mozas entregadas al destajo.

Con el canasto asido á la cintura,
las sorprende la tarde en las faenas
triunfantes en la liza del Trabajo.

A una bogotana

Te ornó con su pureza el Tequendama
y llevas de las hadas el sigilo,
tus manos son nenúfares del Nilo
y rubios tus cabellos cual la grama.

Del mármol eres digna, y de la fama
de la Venus espléndida de Milo;
es una aurora tu mirar tranquilo
que rinde corazones con su llama.

Te yergues en tus plantas, majestuosa,
y pareces por Fidias esculpida
para elevarte de mujer á diosa.

Y cuando pasas, de esplendor vestida,
con esbeltez olímpica y airosa,
la tierra se estremece conmovida!

Esas fosas!

Para esas fosas pobres
que sólo cubren las silvestres yerbas,
con cruces desgajadas por el tiempo
que todo en ruinas á su paso deja;

Para esas fosas solas
donde extiende sus alas la Tristeza,
donde sólo se escuchan los rumores
del cierzo que en las frondas aletea;

Para esas fosas mustias
donde la vana pompa y la soberbia
no dejan ni festones ni guirnaldas,
ni búcaros cuajados de azucenas;

Para esas fosas teje
mi Musa, con las flores de su selva,
esta humilde corona humedecida
con lágrimas sentidas y sinceras.

Canción de las montañas

Con voz grave, nacida en sus entrañas,
dijeron las montañas:

—Nosotras somos símbolo de todo
lo grande y soberano;
nuestro mudo lenguaje es un arcano
y el vigor que ostentamos, sempiterno;
no empañará jamás el negro lodo,
que arrojan los reptiles del pantano,
nuestro verdor purísimo y eterno.

Nos corona la nube blanquecina
y el lejano arrebol nos ilumina;
las auras nos festejan con murmullos
y las dulces palomas
nos regalan con plácidos arrullos;
perfuman nuestro seno los aromas
de silvestres orquídeas en capullos;
oímos los turpiales
ensayando en sus liras encantadas
su grata sinfonía,
hinchidos de alegría
cuando despliega el alba sus cendales
del orbe gigantesco en las arcadas,

y cuando brilla el Sol, en su agonía,
sobre el regazo azul del horizonte,
el incendio que deja sobre el monte
refracta en nuestras cimas escarpadas.

La salvaje corriente
que retumba al rodar por la llanura
rebotando sus linfas rumorosas,
en nuestras plantas quiebra su bravura,
sin que llegue jamás hasta la altura
do nos besan las nubes silenciosas.

Descansa el firmamento en nuestros hombros
y hemos visto pasar, como vestiglos,
con paso fatigado
las luengas caravanas de los siglos
dejando sólo escombros,
en su vía eternal de lo pasado...

Si nos retan los roncós huracanes,
á modo de titanes
hacemos retumbar las cordilleras,
y levantan la voz nuestros volcanes
con estentóreo grito,
lanzando luminosas cabelleras
de fuego á lo infinito...

Cuando ostenta sus pétalos la aurora,
como una flor de lis hecha de lumbre,
se estremecen de amor nuestras entrañas,
la veste que nos cubre se colora
y la alondra canora,
del árbol en la cumbre,
nos saluda con músicas extrañas.

También la rósea tarde
nos da sus besos de carmín y gualdas
al sepultarse el sol, entre la noche,
y, haciendo de su pompa regio alarde,

derrama, al apagarse, en nuestras faldas
de nácares y gemas un derroche.

Prestamos á las águilas caudales
el pedestal de nuestra cumbre agreste,
do ensanchan sus pupilas de topacio
antes de hundirse en la dorada veste
que va luciendo el Sol en el espacio,
y cuando el cóndor al empleo sube
nos mira con amor desde la nube.

En el silencio de la noche bruna,
cuando callan los dulces ruisseños
y sólo el viento en nuestros robles gime,
el pálido cadáver de la luna
nos baña con benignos resplandores,
allá desde la bóveda sublime,
que cubre eternamente
el orgullo glacial de nuestra frente.

La nieve nos envuelve en su alabastro,
el pincel de la tarde nos decora
y nos tributa el astro
todo el caudal de lumbre que atesora,
y la rosada aurora
desgrana en nuestras flores sus collares;
las caricias del Sol nos brillantan
y con retumbos sin cesar nos cantan
las liras gigantescas de los mares
que copian en sus ondas
el pomposo verdor de nuestras frondas.

—La tarde, como incendio iridiscente,
extendió su fulgor en la llanura,
y el Sol, tras la espesura,
se hundió, como un titán, en Occidente:
entonces las montañas
acallaron la voz de sus entrañas...

De paso

Iré por el mundo,
como ave que el viento arrebató,
cantando las rudas
tristezas que llevo en el alma...
Si á veces sonrío
á modo de frígida estatua,
mis penas profundas
en mí se retuercen y estallan.
Las hondas heridas
que abriera en mi pecho tu daga,
irán siempre ocultas:
Las tumbas por fuera son blancas.
mas quiero que sepas
que anhelo, en lugar de venganza,
hacer que mis versos
te arranquen sollozos y lágrimas.

Bonanza

Cuando el recio aquilón de mis pesares,
con ímpetus hurraños,
me hundió en el fondo de agitados mares
de negros desengaños;

cuando el dolor, torciéndose en mi pecho,
á modo de serpiente,
ardiendo en ira, con tenaz despecho,
me inoculó el veneno de su diente,

como una nube que trajese el aura,
luciendo un nimbo de candor, radiante,
cual de Petrarca la viviente Laura
ó cual la virgen que soñara el Dante,

apareciste presagiando calma
en el mar de mis negras tempestades
y despejaste el huracán de mi alma
bañándola de hermosas claridades!

Saxátiles

Al poeta ante los Zollos

Y deja que se asombre la necia muchedumbre
ante el alcázar de oro que tu verdad levanta,
donde tu Musa habita, donde tu Musa canta,
donde tu verbo enciende su esplendorosa lumbre.

Al mirto que florece sobre la enhiesta cumbre
jamás del gris batracio lo mancilló la planta;
sobre el pantano impuro su imagen agiganta
la estrella que en el éter irradia su vislumbre.

Poeta, no descendas del trono de tu imperio
hasta el abismo obscuro del Odio y del Dicterio
do tienen su guarida la Envidia y la Maldad.

No bajes de tu cima, poeta: los condores
no buscan las tinieblas; prefieren los fulgores
y clavan las pupilas allá en la inmensidad.

Rebeldías

¡Inexorable hado! En mi camino
te encuentro siempre amenazante y fiero;
cumpliéndose tu ley á tierra vino
la dicha toda de mi amor primero.

¡Eres tenaz!

Tu ruda sacudida
de indómito corcel, fué un cataclismo
que me arrojó, enconando más mi herida,
al fondo tenebroso de un abismo.

Cual marino viril que no desmaya
ante la furia de las negras olas,
iré bregando hasta ganar la playa
donde la Muerte nos espera á solas.

No me arredro, Destino, entre tus nudos;
tus intentos de fiera son prolijos;
lucharé con tus áspides sañudos
como Laoconte por salvar sus hijos.

A todos tus reveses, mi desprecio,
yo no quiero, jamás, que te complazcas;
iré cual nauta valeroso y recio
cantando mi altivez en tus borrascas!

Junto al yunque

Obrero, estás alegre porque sabes
que tienes maniatadas las miserias,
y que eres libre como son las aves
y que llevas vigor en las arterias.

No acalles tu canción; al aire vibre
luciendo tus soberbias energías;
cabalgas un corcel que corre libre:
el núcleo de tus bravas rebeldías.

Que vibre tu cantar mientras resuena
el golpe resonante de tu mazo,
haciendo estremecer, de fuerza llena,
la espada triunfadora de tu brazo,

Resuenen tus canciones vibradoras
como himnos de gloriosos paladines,
como diana que anuncia á las auroras,
como voz de los épicos clarines...

¡Oh, las alas coléricas del viento
que se agitan con ímpetus adustos,
domeñando el salvaje atrevimiento
que columpian los árboles robustos!

¡Oh, las iras terribles de los mares
que á la faz del tifón de rabias locas,
arrojan sus retumbos á millares
montándose en los hombros de las rocas!

Obrero, mientras vences tus faenas
y surge en lenguas de tu fragua el brillo,
á los vicios les forjas las cadenas
al golpe tallador de tu martillo.

Tú no adulas ni imploras de rodillas:
por eso son gallardas tus canciones.
Eres fuerza rompiendo las Bastillas,
eres brío silbando á los Nerones.

Tú no adulas ni imploras á los grandes
ni ofrendas al soberbio tu agasajo,
porque puedes salvar hasta los Andes
en las alas gigantes del Trabajo.

Del hambre no te hieren los mandobles
ni del fuerte las cóleras hurañas,
aun más recio te yergues que los robles
que mecen su altivez en las montañas.

Tu canto es el pavor de los tiranos,
pues vibra cual la voz de la tormenta;
ellos saben que tienes en las manos
la adarga que hace libre: la herramienta.

Que vibre tu cantar mientras tu mazo
entona sobre el yunque himnos soberbios,
y luzca la pujanza de tu brazo
de fuerzas pleno y de robustos nervios.

No acalles tu canción y los confines
que tramonte en sus alas vencedoras,
como el toque marcial de los clarines,
que anuncian el llegar de las auroras...

¡Heraldo de futuras redenciones
que custodias las sacras libertades!
Comprendo tu vigor en las canciones
que entonas hechas ígneas claridades!



¡Señor...!

¡Oh Dios!

...A modo de bajel que salva
las sirtes y tropiezos,
avanzo en las borrascas de la vida
cantando mis zozobras en mis versos...

La vida es una lucha sin descanso,
mas sé que llegaremos,
al fin de la contienda,
allá á la orilla de ignorado puerto,
allá donde los náufragos,
los náufragos vencidos, sin aliento,
se rinden en la brega
llevando por mortaja sus anhelos;
allá donde la inquina
no ha de llegar á impórtunar el sueño,
allá donde la Duda
eligió para campo de su imperio,
allá donde pesares infinitos
no clavaron sus zarpas como cuervos...
Allá voy en mi barca,
de mi vida azarosa sobre el piélagos,

llevando mi bandera hecha jirones,
rasgada en el fragor de mis esfuerzos.

¡Oh inútiles afanes!

¡Oh fugaz ilusión de mis empeños!

Al verte tramontar las lejanías
te doy mi adiós postrero...

Sólo ansío en las luchas mundanales,
en lugar de tizonas y de yelmos,
la eterna impavidez que guarda el bronce,
la frialdad que habita en el acero,
y vengan los rigores y las penas
para mirarlos á mis plantas muertos!
¿Y después?

En mi olvido,
callado cual la estatua del Silencio,
veré volar sin rumbo
las gárrulas parvadas de mis versos,
mientras llego, al final de la contienda,
allá á la orilla del ignoto puerto!

¡Señor, sólo eso ansío,

¡Señor, sólo eso quiero!

Almas oscuras

Honroso es que la insidia
arroje sobre ti sus salivazos;
prosigue fuerte en tu brillante lidia
y deja retorciéndose la envidia
herida del desdén á los zarpazos.

A modo de torrente
empuja de las rémoras la valla;
á las almas oscuras, inclemente,
sordo al perdón, santígualas la frente
con las cruces sedeñas de tu tralla.

¡No detengas tu paso!
tu misión es luchar, noble poeta;
no recojas la brida á tu pegaso,
asciende, vencedor, hasta tu ocaso...
la envidia si te insulta es con careta.

...y deja á los histriones
vendiéndole placer al vulgo insano
con piruetas y burdas contorsiones.
¡Tú eres cóndor que explora las regiones,
ellos sierpes que buscan el pantano!

La Calumnia

Se oculta como sierpe, entre maleza,
para hincar el colmillo al inocente,
y se deja llevar por la corriente
del cieno en que se baña la bajeza.

La calumnia es reptil. A la Pureza
acomete con ímpetu inclemente;
mas si aquélla se arrastra hecha serpiente,
ésta es ave que sube á la grandeza.

Es hijastra del dolo y de la envidia,
oculta su veneno en las entrañas
y elige por coraza la perfidia.

Pero nunca su tósigo de sañas
da muerte á la Virtud...

Emprende lidia
llevando por lanzón sus artimañas.

En Septiembre

A José María Zeledón *Breves.*

La niña sollozaba...
En la escuela
las altivas camaradas le decían:
—no te acerques á nosotras, nos repugnas... nos enfermas;
esa blanca palidez de tu semblante,
esas lúgubres ojeras,
esas manos descarnadas,
tus mejillas macilentas,
nos dan miedo; no te juntes á nosotras, no te juntes,
nos contagias esa tisis si te acercas...
...y la niña atormentada, silenciosa,
bajo el peso de la anemia,
á manera de una sombra,
cadavérica,
fué á su madre, temblorosa y angustiada,
y la dijo sus congojas y las burlas de las niñas que agotaban su paciencia.

Y la madre con halagos—¡oh las madres!—siempre dulce, cariñosa,
consolaba á la chicuela
agostada por el hambre,
por el frío y la pobreza...

Una tarde esplendorosa,
toda plena
de fragancias de jazmines y de aromas de azahares
y de alientos de azucenas,

en que el Sol desde el Ocaso
derramaba en las aristas de la sierra
el orgullo de sus minios, la riqueza de su nácar
y la pompa de sus gemas,
una tarde de septiembre,
veraniega,
con su madre fué la niña
á la Virgen de la ermita de la aldea
á pedirle de rodillas, reverente,
que quitara de su rostro las ojeras
y la blanca palidez de sus mejillas,
que quitara de su cuerpo aquella anemia,
que quitara de su pecho los dolores
que la hacían despreciable entre las niñas de la escuela;
y al pedirle la enfermita los favores á la Virgen
le dejó cabe su trono, como ofrenda,
unas flores aromosas, en capullo,
recogidas en la selva...

Ya la noche se acercaba, misteriosa...
Las estrellas
sorprendieron á la niña, en su bohío,
con la fiebre de la anemia,
moribunda,
delirando con la Virgen de la iglesia...
—Mamacita, mamacita—mascullabà,
yo mañana *vo á llevale más toritos y azucenas*
á la *Virsén* del Rosario,
á la *Virsén*... á la *Virsén*... á la *Virsén*—y no pudo.—Las ojeras
de la niña se tornaron
más oscuras, más profundas, más serenas
y los ojos se posaron en la madre, ya sin vida,
sin fijeza...!

Los carmines de la aurora de otro día,
la encontraron en la caja, silenciosa... macilenta...

Y sus frías pupilas, inmóviles,
medioabiertas,
levantaban á los cielos, ¡siempre mudos, siempre sordos!,
un poema
muy sombrío, muy quejoso, muy amargo...!
Era la última querrela
del orgullo de los hombres, del silencio de los cielos impasibles,
de las locas vanidades de la Tierra,
á la nada de lo ignoto de la Muerte,
al silencio de la huesa...!
Era el último desprecio á las ruindades,
era la última protesta
contra todas las miserias de la vida,
contra todas las soberbias
que se anidan, hechas sierpes silbadoras,
en la veste de ormesí de la riqueza!

Cuatro chicos del villorrio, muy humildes, andrajosos,
conducían, paso á paso, al cementerio á la niñita que á la iglesia
fué á pedirle, de rodillas, á la Virgen
que quitara de su cuerpo aquella anemia,
y la blanca palidez de sus mejillas;
que quitara de su rostro las ojeras,
que quitara de su pecho los dolores
que le hicieron despreciable entre las niñas de la escuela!

No muy lejos una tórtola arrullaba;
sus arrullos, tan sentidos como quejas,
daban tintes más sombríos
á aquel cuadro todo lleno de amargura, todo lleno de tristeza,
esa murria indefinible que conocen las torcaces
y las almas invadidas por las penas,
y las almas impregnadas
en ternezas,
esa murria, hecha dolores, que en sus cantos cristalizan
los poetas...!

Mi madre

Cabe la sombra apacible
de unos frondosos naranjos,
en una casita alegre,
allá en un pueblo apartado,
en donde ríman las aves
en las mañanas sus cantos,
en donde pasan las brisas
eternamente charlando,
en donde la Vida triunfa,
en donde triunfa el Trabajo,
habita un alma tranquila
de sentimientos cristianos,
tan pura cual los cristales
de los dormidos remansos,
como el plumón de las garzas
como el armiño más albo;
ella fué la que en un tiempo
con sus ternuras y halagos,
con sus caricias de madre,
llenas de amor y de encantos,

aquellas horas de infancia,
aquellos primeros años,
supo hacerme más felices,
hacerme supo más plácidos.
Hoy que la suerte me arroja
de sirte en sirte, abrumado,
y de peligro en peligro,
y de peñasco en peñasco,
distante de sus miradas,
muy lejos de sus cuidados,
cuando el pesar me atormenta
en mis momentos aciagos,
en mis horas intranquilas
tan llenas de desengaños,
en mi camino aparece
y huyen de mí los quebrantos
como una banda de cuervos,
como una banda de grajos;
aparece en mi camino
y me brinda con halagos,
con las caricias de madre,
tan puras, tan sin engaños
que nadie puede menguarlas,
que nadie puede robarnos!

¡Madre!

El tiempo asaz severo
sobre tu faz ha trazado
largas huellas que me dicen
el triunfo de tus trabajos,
tus reflexiones profundas,
tus sinsabores pasados;
en tus pupilas, tan negras,
yo descifro hondos arcanos,
como descifra el arqueólogo,
como descifran los sabios,

en una leyenda rúnica,
secretos de lo pasado,
y con su fabla elocuente
dices poemas y cantos
de indefinibles ternuras,
de sentimientos innatos.
En tus ojos, ¡madre mía!
Dios puso dos océanos
de dulzuras inefables
y de inefables halagos,
siempre serenos y puros,
siempre serenos y mansos.
¡Cuántas ternuras irradian,
cómo fulguran tus astros!

¡Poetas huérfanos, solos,
por el dolor torturados,
por los pesares heridos,
os compadezco y os amo!
Una madre cariñosa
me brinda aún con halagos,
con las caricias de madre,
tan puras, tan sin engaños,
que nadie puede menguarlas,
que nadie puede robarnos!
Os compadezco, poetas,
os compadezco y os amo,
vosotros vais por el mundo
sin la grandeza que alabo,
sin la grandeza que tengo
allá en un pueblo apartado,
cabe la sombra apacible
de unos frondosos naranjos,
en donde las aves riman
en las mañanas sus cantos,
en donde las brisas pasan

eternamente charlando,
en donde triunfa la Vida,
en donde triunfa el Trabajo.

Para ella todos los lises,
para ella todos los nardos,
el brillo de las auroras
y el más viril de mis cantos.

Egipto

He visto en mis ensueños tus remotos
plantíos alfombrados de trigales,
tus Pirámides y amplios arenales,
tus frescos teberintos y tus lotos.

Tus momias y los ídolos hoy rotos
por los siglos, nos cuentan las triunfales
conquistas de tu brazo, y tus canales
refieren la belleza de tus sotos.

Aun pasan los camellos cabe el Nilo
—alcázar de tu sacro cocodrilo—
con paso taciturno y fatigado.

El avance del tiempo te restringe,
mientras canta el Simún junto á la Esfinge
la gloria sepulcral de tu pasado.

Desde el monte

El río turbulento, sin sosiego,
va entonando sus églogas extrañas
en tanto que la brisa, entre las cañas,
deja un susurro que parece un ruego.

Cascada inmensa de carmín y fuego
derrama el sol poniente en las montañas;
dialoga la arboleda, y las cabañas
se alegran con la vuelta del labriego.

Da la tarde por fin su despedida;
destápanse del carmen las navetas
y torna el buey de su labor vencida,

y la altiva canción, que las carretas
entonan al Trabajo y á la Vida,
ondula como un himno de trompetas.

Cartago

Embozada con blondas de neblinas
se muestra ante los ojos del viajero;
la perfuma el membrillo tempranero
que sazona de Cot en las colinas.

Se encuentran en las huacas de sus ruinas
las huellas del indígena primero,
dos volcanes se yerguen en su fuero
cual gigantes de testas blanquecinas.

Florecen las parásitas extrañas
entre el musgo que brota en sus tejados
y se engarza el jazmín en sus pretiles.

Le tributan frescura las montañas,
alfombras siempre verdes los sembrados
y olorosos duraznos los abriles.

Al pensador (*)

Predica al Mundo la sublime idea
que surge en tu cerebro...

¡Es un Calvario
tu alta misión! Convence á tu adversario,
recorre, noble apóstol, tu Judea,

Eres ola tenaz que forcejea
y mina el tajamar de tu contrario;
el fulgor de tu verbo no es precario,
es luminoso Orión que centellea.

No temas, no, los dardos del insulto,
asciende de tu Gólgota á la cumbre
sereno, como Cristo, entre el tumulto.

Con tu doctrina los cerebros baña
y redime la intonsa muchedumbre
con un nuevo Sermón de la Montaña.

(*) Soneto premiado en el segundo concurso de *La Fiesta del Arte*.

Mármol roto

Cual los marmóreos Términos
que la quietud cuidaban en las selvas,
oyendo los idilios
del ave que anidaba en la floresta
al apagarse el sol tornado en ascua
tras escarpadas sierras;
como diosa gentil del Paganismo,
como una Diana bella,
rodaste desde el plinto levantado
por mi amor, mis afectos y ternezas,
y hoy yaces en mi olvido
como en ruinosa y sepulcral Pompeya...!

Las cítaras aladas de mi bosque,
las auras de mi selva,
no te arrullan ni vibran á tus plantas
ni mi lira sus cánticos te ofrenda.
Caíste cual los Términos arcadios
y hoy te cubren las frondas de mis yedras
y sólo ensaya para ti mi plectro
el miserere de las cosas muertas!

¡Oh mármoles caídos de sus plintos!
¡Oh escombros de difuntas primaveras!
¡Para vosotros las canciones tristes
que entona el cierzo al remover las huesas.

Los bueyes viejos

A Manuel Magallanes Mouré

A tí, poeta hermano, á tí que sentiste, como yo, la tristeza de los mansos bueyes que van, ora bajo los turbiones invernales, ora bajo los ardores sofocantes del sol de los veranos—escribiendo con los hilos que penden de sus jadeantes hocicos, en la interminable página del camino, la odisea de sus marchas á lo largo de la ruta sin fin—dedico este poema; en él puse toda mi alma y un destello del pensamiento mío. Como tú, yo sentí las hondas pesadumbres, los cansancios y el trágico final de esos rumiantes que cayeron bajo la crueldad del hombre. Por eso los canto.

Dicen que el Santo de Asís, al despedirse de uno de esos seres le dijo: adiós, hermano buey; y diz también que un filósofo profundo exclamó: mientras más estudio á los hombres, más estimo los perros. ¡Gran sabiduría!

Yo cuanto más contemplo la vida de los bueyes, tanto más profundizo la pequeñez del rey de la Creación.

Poeta, cantemos el dolor de nuestros hermanos inferiores.

I

Es de tarde...
allá, sobre la cúspide del monte,
hay una fiesta de matices.

Arde

el sol, y, el horizonte,
á modo de encorvado mastodonte,
bajo el eterno y azulino domo,
parece que á lo lejos
bañado de una lluvia de reflejos,
lleva árboles y riscos sobre el lomo.

Con tintes de naranja y de carmines,
las nubes pasan cual leones sueltos,
como corceles de nevadas crines,
cual mármoles esbeltos
que van en procesión á los confines.

Es la última faena,
les dice el labrador con sentimiento:
mañana al fin terminará la pena
que os llena de profundo abatimiento;
sois viejos, ya los años, bueyes míos,
os han tornado inútiles, cansados,
por eso vais tardíos
al valle donde extendiendo mis sembrados;
el tiempo la pujanza de otros días
os quitó con sus bravas osadías...

Es la última jornada, ya la muerte,
descanso postrimero
de todo lo que sufre y lo que llora,
mañana os libraré de aquesa suerte
allá en el matadero:
cuando principie á despuntar la aurora
comprareis el alivio de esas penas
con el tibio rubí de vuestras venas.

Y aquellos bueyes viejos,
cansados, impotentes por vetustos,
miraron allá, lejos,
los últimos reflejos
prendidos en la cumbre de la sierra;
evocaron sus ímpetus robustos
de ya difuntos años
y vieron con extraños
ojos el seno púber de la tierra
que convierte la carne y los dolores
en perfumadas y rojizas flores.

Los dos atletas dóciles, sombríos,
que de la aurora las primeras luces
miraron cuando araban
en pos del montañés en los plantíos,
inclinaron humildes los testuces;
dijérase lloraban
con los ojos insomnes, siempre fijos,
mirando, no distantes, los cortijos
ornados con ubérrimas labores
en la extensión feraz de la pradera,
en donde de aquel rústico, los hijos
al lado de su madre placentera,
hallaron á los fuertes labradores
humedeciendo el campo con sudores...

Dijérase lloraban consternados,
los bueyes fatigados,
al mirar por vez última la amada
plantación acullá, sobre los prados,
enviándole un adiós con la mirada
á la hora en que la tarde sombras viste,
¡adiós lleno de angustia, adiós muy triste! †

Las estrellas—clemátides de fuego—
el río murmurando en la montaña
monótono estríbillo,
la dulzaina y el canto del labriego,
el trajín de la plácida cabaña,
el pífano del grillo
vibrando en la espadaña,
y el viento que retoza en la llanura,
convergen al concierto de natura.

El toro ensaya su mugido bronco
obedeciendo á las eternas leyes
de aquese movimiento
que impele y rige las astrales greyes

y el piélagó encrespado, siempre ronco;
y la cuadríga armónica del viento
va chafando en su marcha los magueyes
mientras rumian, echados cabe un tronco,
los dos amigos bueyes,
amigos compañeros
que supieron partirse la pitanza,
el dulce pienso del cañal vecino
y todas las fatigas del camino.

Hay un sordo rumor en la arboleda
que anuncia algo muy serio:
es el terral atronador y fuerte
que á su paso colérico remeda
las iras impotentes del dicterio,
las burdas carcajadas de la muerte;
es algo triste y grave
que vibra, se retuerce y se encarama
del árbol en la rama
donde ha pulsado su laúd el ave,
que hechiza con su cántico sentido
cabe el alcázar de su muelle nido,
á duo con su tierna compañera
que tiene los dulzores de la piña
cuando con ansias en la fronda espera
la vuelta de su amante á la campiña.

Se llena el aire de negror y espanto
y hay lóbregos barruntos
de recia tempestad en los pensiles,
los montes y hondonadas; entre tanto
mustios siempre, callados, siempre juntos
aquellos dos corníferos seniles
rumian... rumian... y rumian á deshora
esperando la vuelta de la aurora,
la reina iridiscente de las flores

que roza con su traje las espigas,
al romper en los campos las fatigas
los gañanes—¡valientes luchadores!—

Los dos bueyes presentan el insano
final de su existencia...

Conocen los ardores del verano,
del invierno la frígida inclemencia;
son eunucos, son parias del tormento
y esclavos del dolor y la fatiga
sin descanso, sin tregua.

Su aislamiento
á rudas pesadumbres los obliga,
los llena de perenne abatimiento;
{ por eso en sus pupilas siempre abiertas,
llevan el duelo de las cosas muertas! } ()

Allá, sobre la cumbre,
brillante pincelada de naranja,
magnífica explosión de suave lumbre,
anuncia la llegada de la aurora.

Despiértase la granja
y al ensancharse la soberbia franja,
así como un despliegue de sendales,
el valle se colora
y un himno de palomas y turpiales
resuena en las montañas;
se esmalta de carmín el dulce grumo,
flamean las banderas de las cañas
y en grandes espirales sube el humo
del rústico fogón de las cabañas:
aléjase por fin la noche negra
y al beso matinal todo se alegra.

Un lúgubre mugido es el saludo
que aquellos dos invictos del trabajo

le dirigen al rústico sañudo,
quien llega para atarlos
y conducirlos ¡ay! al matadero;
y el burdo montañés, al contemplarlos,
siente pesar que á su ánima tortura,
así como un arpón, terrible y fiero,
que dejase en su espíritu amargura.

Las noches dilatadas del proscrito
nostálgico y enfermo,
el silencio eternal del infinito
y el desamparo del estéril yermo,
no tuvieron la insólita cansera
de aquellos dos rumiantes siempre nobles,
al tornar la mirada á la pradera
donde quedaban los amigos robles,
y aquella fresca moza
que les mandó un adiós desde la choza!

Al perderse, siguiendo al campesino,
allá, desde la sierra,
en el último trecho del camino
donde se junta el cielo con la tierra,
contemplaron el valle de labranza
cuajado de maizales,
de piñas, de cafetos y racimos
en que funda el labriego su esperanza
que traducen en canto los zorzales
posados en los dátiles opimos.

Silenciosos bajaron el sendero,
y, al discurrir, las florecillas blancas,
como arrojadas por ocultas manos,
rebotaban encima de las ancas
de aquellos dos cuadrúpedos ancianos;
era á modo del último agasajo
del árbol de los héroes del trabajo;



Las aves que los vieron siempre uncidos,
 triunfando de fatigas,
 les rindieron también dulces cantigas
 allá, desde la quiebra de la hondura,
 en su arpa de cristal rimó la fuente
 un canto de amargura
 muy febil... muy sentido... muy doliente!
 y después de salvar el precipicio,
 velado por montañas,
 llegaron al teatro del suplicio
 y un hombre sin entrañas,
 de miradas muy ásperas y foscas,
 introdujo la yunta al edificio,
 hogar de hambrientos cárabos y moscas...

Insensible, sañudo y altanero,
 el verdugo fatal del matadero
 maniató un buey de aquellos y lo tumba
 con tal atrevimiento,
 que al golpe del cornífero retumba
 y tiembla el pavimento;
 el manso buey aviva la pupila
 en busca del por qué de aquel tormento,
 y ondulan en el aire sus bramidos
 suplicantes, á modo de quejidos.

Mientras el rudo matador afile
 el bárbaro puñal que centellea,
 bañado por el sol de la mañana,
 temblando la otra víctima olfatea
 la sangre que gotea
 del gancho de metal de una romana...

Intérnale la daga aquel verdugo +
 al rey de las faenas maniatado,
 y espónjase la herida

y retiembla aquel hércules del yugo,
atleta del trapiche y del arado,
y saltan de su arteria enrojecida,
dos chorros carmesíes
que brillan como líquidos rubíes;
sus ojos languidecen
despidiendo fulgencias opalinas,
y agoniza... sus carnes se estremecen
y hay quejas de dolor en sus retinas!

Aquellos dos amigos de faenas,
amigos en las luchas y la suerte,
amigos en las hambres y las penas,
el descanso le compran á la muerte
con la sangre viviente de sus venas!

Las fatigas, la sed y los calores,
y los fríos terribles siempre huraños
unidos bajo el yugo, en los alcores,
los vieron al correr de luengos años;
por eso en sus pupilas, siempre abiertas,
llevaron tintes de las cosas muertas!

II

Al Hombre

¡Oh rey del orbe!

¿En dónde tu grandeza?

Si es grande, en lo creado, tu dominio,
es más grande tu bárbara fiereza,
¡lo saben tus hermanos inferiores!
Tus instintos sangrientos de exterminio
te obcecan la razón, y, en los ardores
de tu egoísmo estéril y malsano,
haciéndote servil de tu inclemencia,
no sólo al buey sumiso, hasta á tu hermano,
le arrancas, ¡monstruo hambriento!, la existencia.

Jamás, jamás halló misericordia
el fuerte luchador de los cortijos,
el que triunfó en las abras de la sierra,
el que ganó las mies para tus hijos,
¡en tí, rey de Caínes!
¡en tí, legislador de torpes leyes!

¡Al devorar la carne de los bueyes
se agranda tu miseria en los festines!

Saxátiles

No temas á la inquina, la que siente
ardiendo las entrañas, la que tasca,
la que silba con iras de serpiente
mirando tu desdén en la borrasca.

No temas nunca al necio. El egoísmo
y el odio que en su espíritu provocas,
estremecen las cuerdas del abismo,
pero nunca la base de las rocas.

No temas á los viles sin conciencia,
de cascos resistentes cual de romos;
ellos llevan tu verbo á la eminencia
en triunfo señorial sobre sus lomos.

Ni temas á la envidia que, á manera
de enfurecido can, salga á tu paso:
el ígneo Sol no tuerce su carrera
ante la sombra, en marcha hacia el ocaso.

El fuego que te alienta es una pira
que obceca con su lumbré á los perversos,

—esas almas de miedo ardiendo en ira—
bajo el filo tajante de tus versos.

Encima del pantano está la estrella
que sus besos columpia en las corolas
y el súbito fragor de la centella
no acalla las canciones de las olas.

Rebeldías

...Y dijo el poeta:

Fulmina sobre mí todos los dardos
que arroje hechos calumnias tu garganta;
encima de esas zarzas y esos cardos
iré posando sin temor mi planta.

Que vibren los silbidos del insulto;
mucho es tu encono, tu maldad es mucha;
si tú eres áspid en la yerba oculto,
tendré piedad á tu mezquina lucha.

Inútil es tu afán, deja tu empeño,
en tu presencia mi valor se expande;
tú tienes un espíritu pequeño,
yo tengo un alma generosa y grande.

¡No hay lucha sin dolor!

Iré á tu lidia
brindando caridad á tu bajeza...

.
¡En las ancas hirsutas de la Evidia
se emprende la ascensión á la Grandeza.

La Magdalena de Henner

Al maestro Povedano

Destrenzada la blonda cabellera
y con la faz hundida entre las manos,
echa al olvido sus placeres vanos
y gime compungida la ramera.

Desnudo el cuerpo que triunfado hubiera
de las diosas y mármoles paganos,
ostenta sus contornos soberanos
de la Venus de Milo á la manera.

Así del gran pintor, la pecadora
que mereció el perdón del Nazareno,
arrodillada su pasado llora...

Sobre su torso, de belleza lleno,
una escala de luz, como una aurora,
desciende hecha caricia hasta su seno.

Libros viejos

La humanidad difunta en lo pasado,
la marcha de los hombres incesante,
y el tiempo que, cual libre rocinante,
á lo eterno camina fatigado,

lo perpetuais vosotros, y, engastado
en vuestras hojas flavas, rutilante,
fulgura el pensamiento hecho diamante,
en la amplia biblioteca aprisionado.

Cuando abro vuestros folios, libros viejos,
en busca de saber y de verdades,
con ansias de orientarme en la existencia,

desfilan por vosotros los cortejos
de sabios, al través de las edades,
en marcha hacia las cumbres de la Ciencia.

y llevas las naciones á la altura
de la única grandeza que perdura.
Eternizas en piedra el pensamiento
y refieres con él á lo futuro
tus luchas y blasones;
con la pétrea dicción de un monumento
añoso, apartas el sudario obscuro
que cubre á las naciones
internadas, con paso fatigado,
en la noche sin fin de lo pasado.
Las vetustas Pirámides son reto
que lanzaste, hecho moles de granito,
del tiempo á la carcoma, y ese grito
que perpetuaste en bloques, con respeto
lo escuchan las edades,
de Egipto en las ardientes soledades.
¡Hurra, invicto!

Las peñas y colinas
socavas y trasminas
y de la virgen roca, en los rincones,
donde no extiende el Sol sus gasas de oro,
encuentras el tesoro
que guardan los auríferos filones,
y recoges del fondo de los mares
el coral y las perlas á millares.
La abrupta cordillera
tu fuerza prepotente la perfora,
y tornado en fugaz locomotora,
luciendo vaporosa cabellera,
la cruzas por el túnel que tu mano
abre en su vientre negro que los siglos
no violaron sañudos, porque en vano
lo intentaron con ansias de vestiglos,
y con pujanza, que al abismo increpa,
ruedas vibrando por el bosque espeso,
recorres, como un bólido, la estepa,

pregonas las conquistas del progreso
y vas lanzando broncos resoplidos
que muestran tus anhelos atrevidos.
Con la hélice de acero
les peinas á los piélagos las crines,
y en el sonoro yunque del herrero
ensayas los clarines
en que entonan sus dianas la esperanza
y la vida y la paz de los humanos.
¡Resuenen los clarines de tu fuero,
mas no los que festejan la matanza
con toques de exterminio y de venganza
de hermanos—¡oh ludibrio!—contra hermanos.
Te extiendes y te enroscas y te crispas
y saltas en enjambres
lumínicos de chispas,
en la ígnea forja que será herramienta
que ha de triunfar en tu batalla incruenta.
El tardo buey, el recio y manso bruto
que triunfa de calores y de fríos
en la lid de las rústicas faenas,
te paga su tributo,
tornando los eriales en plantíos,
sin rendirse jamás ante las penas
ni al tormento opresor de las fatigas
que vence con los sanos labradores.

¡Salve, pegaso de la Vida!

Tú eres
caricia del cincel en la escultura,
canción de libertad en los talleres,
sostén en la genial arquitectura,
y unido con la Ciencia
eres ala mirífica que explora
los campos siderales...
En tus brazos, Colón, con su videncia,

un Nuevo Mundo, de lozana flora,
del ponto vió emerger en los cristales,
cual lo viera, en sus cálculos risueños,
en el piélago azul de sus ensueños.

¡Salve otra vez, ariete majestuoso!

La valla que el progreso en su derrota
encuentra, con tus plantas de coloso
destruyes vigoroso
y á tierra viene cual trinchera rota!
Con Képler te remontas á los cielos,
impulsas en su viaje á Magallanes,
y allá, del Polo Norte entre los hielos,
levantas el pendón de tus afanes.

Tú vibras en el hacha
y tu canción en los collados zumba;
el roble fuerte que arrojó la racha
tu fuerza lo desgaja y lo derrumba;
el monte milenario
que, á modo de gigante dromenario,
destaca su espinazo en lontananza,
doblega la cerviz bajo tu rueda
y el campo escueto convertido queda
en campiña feraz con tu labranza,
y aparecen los frutos delicados
como himno de la tierra en tus sembrados.

Al hombre primitivo
construiste la prístina vivienda,
era indefenso y lo tornaste altivo
y al ponerlo en el trono de tu imperio
irguióse de la vida en la contienda
y fué dueño del rudo megaterio,
del árbol secular, del mastodonte,
allá en las montañosas soledades

que tuvieron por linde el horizonte,
y el errante corcel de las edades,
en su eterna carrera á lo infinito,
más tarde lo encontró, sobre la vega,
cultivando lozanas heredades
con burdos instrumentos de granito:
—primeras alabardas de tu brega—
y encima de tus hombros
salvó el desierto, el mar y los escombros.

Si al viejo Egipto, el hambre con su filo
se atreve á desgarrarle las entrañas,
allanas peñascales,
perforas las montañas
y las aguas magníficas del Nilo
desvías por canales
y fecundas con ellas los trigales.

Tu influencia redentora
fortalece, levanta y dignifica
á quien el Hado sin piedad oprime,
y tu fuerza, que todo lo redime,
al espíritu insano purifica.
El alma que aquilatan tus crisoles
se torna grande, activa y valerosa,
y bañada en la luz de tus fanales
—¡estrella esplendorosa!—
arrostra las borrascas mundanales.

¡A ti el clamor de la mujer caída
en el pantano del inmundo vicio
y tú la aúpas á la noble vida,
si anhela abandonar el precipicio
do fué arrojada por el hombre rudo,
y la salvas, Trabajo, con tu escudo.
¡A ti el canto de insólita cadencia

que entonan los proscritos,
y el gemir del que va por la existencia
con la murria de duelos infinitos!
¡A ti la queja de dolor profundo
que elevan los humildes proletarios,
los pobres olvidados de la suerte,
los huérfanos que pasan por el mundo,
impelidos por ábregos contrarios,
al puerto silencioso de la Muerte
donde la inquina su letal no vierte!

¡Oasis siempre bello
que ofrece sombra y en su seno abriga
á los que van á ti sobre el camello
de la miseria adusta y la fatiga!

Contrario de la guerra,
al hombre ofreces plácido sosiego;
fecundizan tus ósculos la Tierra
y en ella brota el fruto que al labriego
ofrendas cual espléndido tesoro,
en dulces piñas y en estuches de oro.

El valle adornas de mazorcas rubias
y las praderas con melífluas cañas
que en los feraces campos atesoras;
á tu paso triunfal descenden lluvias
de pomas y azahares, y te bañas,
cuando haces en la vega tus alardes,
con el róseo arrebol de tus auroras
y te visten de púrpura las tardes.
En el seno feliz de las cabañas,
que al blando y dulce descansar convida,
eres placer y movimiento y vida.

Por ti rechinan, cual matracas bruscas,
el motor del ingenio y las carretas,

que vibran como bélicas trompetas,
cuando las mieses sazonadas buscas
en la falda del monte inexpugnable;
las ánforas etruscas,
del diamante las nítidas facetas,
el capitel arábigo y el cable
que ciñe la extensión del Océano,
son obras—¡oh Trabajo!—de tu mano.

Los dioses que forjó la fantasía
obcecada por torpes religiones,
la efigie que adoró la idolatría,
el tosco monolito
y el dragón que veneran los *nipones*,
en el leño, en el mármol ó en granito,
lo imponente sirviéndote de norma,
por ti tomaron majestad y forma.

Tú pasas por la ubérrima llanura
cuando el Sol su cascada de fulgores,
derrama desde el éter azulado,
y aprontas los enormes bastidores
do borda Ceres blondas y labores
de espigas y verdura
con la aguja soberbia del arado,
y en la lira que tañe la Natura,
un himno de esplendor y de belleza
resuena en homenaje á tu grandeza!

Desde el Trópico

Para una dama europea

I

Ondula airoso, en el puntal del asta,
mi pendón, saludándote, señora;
sé que eres sensitiva y portadora
de gentileza sin igual, y casta.

Tu nimbo es el talento,—eso me basta
para fingirte cual perenne flora:
la gema que más brillos atesora
más la enriquece el oro que la engasta.

Aquí, donde arrebola el Sol al día,
región de las orquídeas y quetzales
que inspiran cantos á la Musa mía,

aquí, en medio de selvas tropicales,
existe un joven bardo que te envía
esta flor que espigó de sus rosales.



II

Aquí triunfa en los campos el labriego
desde que ostenta su carmín la aurora
y torna á la cabaña en donde mora,
cuando apaga el crepúsculo su fuego.

Contra los riscos el torrente, ciego
se estrella como sierpe vibradora,
y sus espumas de cristal desflora
y se adormece en las llanuras luego.

Aquí un cáliz de miel es cada fruta,
enormes esmeraldas las praderas
y el soto virgen misteriosa gruta.

Los vientos de invisibles cabelleras
pasan chafando la montaña hirsuta
y ensayan su canción en las palmeras.

¡Aquella tarde!

Te dije mis anhelos y tus ojos
me hablaron de las sombras del abismo,
en tu faz florecieron lises rojos
y mi alma altiva te adoró de hinojos,
en tanto que alargabas tu mutismo.

¡Qué hermosa tarde aquella!...—Los poetas,
exclamaste al través de una sonrisa,
descubren las nostalgias más secretas
y saben lo que dicen las violetas...
¿no has comprendido mi alma de Eloísa?

Me hablaste de tu amor—hecho universo—
y brillaron cual soles tus pupilas;
la negra mariposa de mi verso
buscó el geranio de tu labio terso
y aquella tarde deshojó sus lilas.

¿Fué acaso el dulce discurrir de un sueño
aquel minuto de placer y calma?
Sólo sé que bebí de tu befeño
y durante el sopor del grato ensueño
brilló una estrella en el azul de mi alma.

Meteoro

Y mi amada estaba ausente
esa tarde portadora de tristezas infinitas;
ni un mensaje me mandaba,
ni un acento con las brisas,
con las auras retozonas,
con las auras que venían...

La ciudad, como una muerta,
con sudario de neblinas,
se mostraba ante mis ojos,
al través de mis tristezas infinitas.

No te quiere, bardo iluso,
te ha olvidado, me decían
sombras vagas
que llegaron á manera de estantiguas...

Las bombillas de la luz incandescente
me miraron como miran las pupilas
de las vírgenes difuntas,
de las vírgenes sin vida...

¡Qué amargor de la existencia
del que pasa, como un ave fugitiva,
ocultando sus dolores
con irónica sonrisa,
mientras hunden en el alma
sus arpones las tristezas infinitas!

Mis rebeldías

Yo soy aquel q' ayer no más decía...

Yo soy aquel que ayer con timideces
contó al mundo en estancias sus pesares;
pero la lid tenaz, en altiveces
cristalizó el dolor de mis cantares.

Yo dije el verso triste, la querella
que surge á los impulsos de la angustia;
contéle mis nostalgias á la estrella,
mi sinsabor á la avecilla mustia.

Yo dije el verso flébil y, aterida,
el ave estrofa se perdió en el mundo,
y un canto de dolor por cada herida
brotó al empuje de mi mal profundo:

las heridas que abríome el desengaño,
la honda pesadumbre y el despecho...
y desde entonces voy hosco y huraño,
burlando los dolores de mi pecho.

Aun vibran en mi oído los insultos
que me arrojó el ariete de la mofa,
mas toda la maldad de los estultos
se estrelló en la firmeza de mi estrofa.

Luzbel era apacible, sosegado;
tuvo ansias de lo grande, de lo eterno,
y Dios lo proscribió de su reinado
y aquél buscó grandeza en el Averno.

El ansia de lo grande, su delito,
el ansia de lo eterno, allí su falta:
hoy cruza como un rayo el infinito
y hasta el imperio de su Hechor asalta.

Así la rebelión de los que luchan,
así la rebelión que es acicate;
las almas fuertes que un ¡atrás! escuchan,
exclaman ¡adelante! en el combate.

Picaron mi corcel mis adversarios,
mi piafador corcel: la rebeldía;
pues no fueron sus ímpetus precarios,
á la chusma batió con osadía.

La fuerte lucha, en el dolor, adiestra
y agranda á los espíritus pequeños;
hoy prefiero el vallar de la palestra
donde vence el ardor de los empeños.

Ditirambo viril no es el que canta,
es el que vibra cual sonoro grito,
el que la trompa del olor levanta
hecho luz, hecho fuego, al infinito.

El que alza la canción de las protestas
que rompen las espaldas del sicario;
antes que á Dimas yo prefiero á Gestas,
ladrón, pero rebelde en el Calvario...

Las famélicas bocas del cinismo
me enseñaron sus dientes de perfidia;

abrióse ante mis pasos un abismo
y lo salvé en las ancas de la lidia.

No me importa el aplauso que adormece,
quiero el grito heridor de la vileza,
más me alienta el insulto que enaltece,
el que impele, al que lucha, á la grandeza.

Yo quiero la campaña que se libra
palmo á palmo en el circo de la idea;
que si la espada del guerrero vibra,
la luz que anima al pensador chispea.

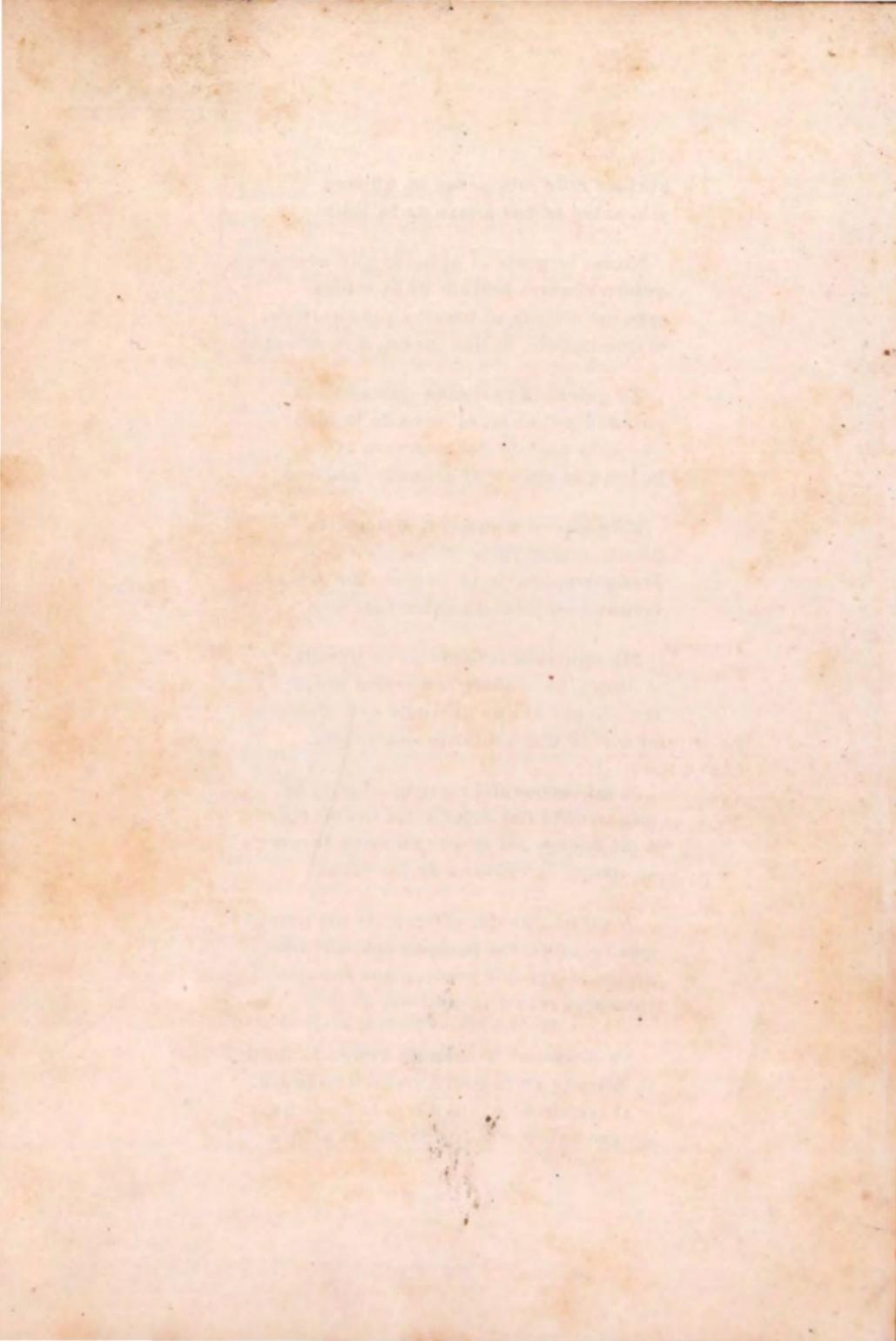
Es gigante Moisés en el desierto
desafiando el furor de los ciclones;
Jesús después de la *Oración del Huerto*
termina su jornada entre ladrones.

Mi espíritu rebelde no se humilla
y nunca ha sido de la incuria presa;
me alienta el que demuele una *Bastilla*
al són de una vibrante *Marsellesa*.

A mí dadme del recio combatiente
que triunfa del dolor y los desmayos.
á mí dadme del monte en cuya frente
se rompe la braveza de los rayos.

A mí dadme del cóndor, de los pumas
que recorren las pampas sobre el toro;
de los mares que arrojan sus espumas,
tornadas reto á la centella de oro.

¿Y después? Y después venga la lidia;
la firmeza en la lucha es mi armadura,
y al terminar mi lid surja la Envidia:
quiero sobre ella tramontar la altura.



CONTENIDO

	<u>Página</u>
INFORME	III
PRÓLOGO	V
—	
MI MUSA	1
LOS ANDES	4
ESTANTIGUA DEL POETA	5
PERLAS GRISES	
I.—Bronce	7
II.—Cardo	8
III.—Oasis	9
IV.—Protesta	10
MARINAS	
I.—Puntarenas	11
II.—El Estero	12
NOCTAMBULISMO	13
EL ARADO	14
AL ODIO	15
REBELDÍAS	16
DE MI YERMO	18

	Página
A JESÚS	19
¡ SALVE, APÓSTOL !	20
AVES REBELDES	22
ROBLES	24
QUO VADIS?	25
EN LA JORNADA	28
EL ARTE	29
ESTOICISMO	34
UN ÍDOLO	35
AL SOL	39
EL MOISÉS DE BUONAROTTI	42
PERLAS GRISES	
I.—Solo	43
II.—Meridiano	44
III.—Al Mar	45
IV.—Carmín	46
ESFINGE	47
EN EL CAMPO	48
A UNA BOGOTANA	49
ESAS FOSAS !	50
CANCIÓN DE LAS MONTAÑAS	51
DE PASO	54
BONANZA	55
SAXÁTILES	56
REBELDÍAS	57
JUNTO AL YUNQUE	58
¡ SEÑOR... !	61
ALMAS OSCURAS	63
LA CALUMNIA	64
EN SEPTIEMBRE	65
MI MADRE	68
EGIPTO	72
DESDE EL MONTE	73
CARTAGO	74

	<u>Página</u>
AL PENSADOR	75
MÁRMOL ROTO	76
LOS BUEYES VIEJOS.....	77
SAXÁTILES.....	86
REBELDÍAS	88
LA MAGDALENA DE HENNER	89
LIBROS VIEJOS	90
AL TRABAJO	91
DESDE EL TRÓPICO.....	98
¡AQUELLA TARDE!.....	100
METEORO	101
MIS REBELDÍAS	103
